

CONGRESO
MARIANO

19



18

FEMENINO



con nimbos de blanca y brillante claridad, al inverso contiene el lema que oculta el gran secreto de la victoria: “*Dios siempre en vista, yo siempre en sacrificio*”.

Si es cierto que la mujer al salirse del camino luminoso y divino del deber, recibe el desprecio de sus semejantes, es cierto también que aquellas que unen a la inteligencia las fuerzas sobrenaturales que les da el amor de Dios, subyugan al mundo entero. Es poco decir que el mundo les pertenece, pues el cielo también es de ellas, puesto que son ellas las que encaminan las almas y pueden dirigir y orientar los corazones a Dios.

“Buen Pastor”

Corina C. de Fernández.

Condensó, sin más preámbulo, mi tema: Defensa de la joven obrera—Liberación de las caídas—oponiendo como remedios para estas últimas, las obras del Buen Pastor, en favor de las cuales debemos aumentar los recursos e intensificar el apoyo.

Una de las causas principales del mal, es la entrada de la mujer a los talleres y a toda clase de industrias y establecimientos públicos. La vida de la mujer joven debe estar más resguardada, porque se encuentra expuesta a toda especie de peligros y de seducciones.

¡Hay que salvar a la obrera!

Este es el grito que resuena en medio de la sociedad, que comienza a comprender los peligros que la amenazan y que ve al mismo tiempo cómo se infiltran en el taller, en la fábrica y en la tienda las corrientes malsanas que nos han llegado del extranjero.

Lo primero que se necesita es conocer a la obrera. Ver de cerca sus escaseces, sus penurias, las pruebas de mil género que la acosan, las injusticias y explotaciones inicuas de que son víctimas y (hasta esos hambres de mil cosas que ellas experimentan), observar tantas caras afladas por falta de alimento, tantos ojos que centellean avivados por la fiebre y tanta hediondez de alma y de cuerpo que se sepultan en la pieza de un conventillo, sólo conocido por la señora de la Hermandad de Dolores o por la socia de San Vicente de Paul.

Como no se ven estas pobres jóvenes sino rarísima vez, en contacto caritativo con las que ellas llaman ricas, tampoco las conocen, la envidia de la riqueza engendra en sus almas el odio; la animadversión las impulsa a escuchar con interés la propa-

ganda socialista y anárquica de guerra al capital y a los que, según ellas, las explotan. Se sienten máquinas y claman contra los que de ellas se aprovechan.

Van ingresando en las sociedades obreras animadas de espíritu y propósitos anti-cristianos, en las que no figura la idea de Dios, padre de todos; en que con las burlas, el ejemplo y la propaganda escrita y oral se les hace perder la fe, se les arrebatan el cielo y no se les proporciona el medio de conquistar la tierra.

Por fortuna todavía abundan obreras que pueden servir de modelo, que creen y practican las enseñanzas cristianas, que saben juntar a la labor constante, pertinaz y ruda, la elevación de miras sobrenaturales. Así se les ve honradas, timoratas de Dios y aspirando a un porvenir de desahogo en la tierra y de eterna felicidad después de su muerte; jóvenes que atienden a su familia, a sus padres desvalidos, a sus hermanitos abandonados.

¡Ojalá que abundaran estos ejemplos! ¡Mucho podemos hacer para multiplicarlos!

El conocimiento práctico de nuestras jóvenes obreras, especialmente de las asediadas por la pobreza, nos llevará a su rehabilitación ayudándolas y robusteciendo sus propios esfuerzos. No hay nada que rebaje tanto a la clase media y capaz de trabajar honradamente, como la idea que se dé carácter de limosna al socorro que se le ofrece. Es mucho mejor atender al esfuerzo propio, aguijoneándolo con la oferta de trabajo perfectamente retribuido. Para eso sería bueno formar listas de casas y talleres cristianos y honrados, donde se retribuye con dignidad el trabajo de la mujer, por lo general insuficientemente pagado, y nosotras mismas podemos fomentar su labor, confiando a la confección en Chile lo que enviamos al extranjero. La tradición social cristiana condensa esta idea en una frase de inspiración divina: *Al hábil trabajo el hábil socorro.*

A esto que pudiéramos llamar la parte material, debemos agregar la parte moral, la que mira al espíritu más que al cuerpo. El acercamiento a nuestras obreras nos descubrirá una multitud de causas, que conviene disipar, de ese malestar hondo que se siente en el pueblo y que la crisis que agita al mundo ha venido a poner más de manifiesto.

Una de las causas, muy directa por cierto, de los peligros que rodean a la joven obrera, es la desorganización de la familia. Sabido es que la prosperidad y la felicidad han reinado en los países en que la familia ha estado organizada desde el punto moral y religioso. Pónese en ella los cimientos de la fe, de la obediencia, del respeto a la autoridad, del sacrificio. En ella se encuentra el foco del sentimiento conservador, el sostén de las tradiciones y de las costumbres. Hállase en ella el derecho de propiedad vinculado al esfuerzo del ahorro, los lazos de la amistad y de la sangre se robustecen y, como de la unión de la familia resulta la unión de la sociedad, la santidad del matrimonio, fundamento a la vez del orden social.

Por desgracia, en nuestro pueblo se ha relajado mucho el vínculo matrimonial. Si agregamos las corrientes malsanas y las que nos amenazan por parte de próximas legislaciones ¡qué triste es el porvenir que se dibuja en lontananza!

En esa anarquía dominadora del hogar chileno el abandono de los hijos es la primera consecuencia que se produce cuando los padres destruyen los lazos que son y debieran considerarse como sagrados. Terrible es la situación en que quedan los hijos varones, pero la de la niña es mucho más desgraciada, por lo mismo que es más delicada; la joven se halla expuesta a mil formas de seducciones, los peligros se le multiplican en razón directa a los encantos de que fué dotada. No encontrando el amor en la casa, la protección en los que le dieron la vida, busca, por una especie de instinto, fuera, lo que en su hogar no quisieron proporcionarle los que en justicia estaban obligados a darle en superabundancia.

Todo trabajo encaminado a devolver al matrimonio la Santidad de que Nuestro Señor Jesucristo lo revistió, tenderá, por nuestra parte, a defender a las jóvenes de nuestro pueblo.

Claro es que si no hay en los hogares la santidad debida, tampoco hay religión; y conviene recordar que la religiosidad ha sido reconocida como la base de la felicidad de las familias. «Excluída la religión, decía un esclarecido pensador, poca cosa queda de las costumbres morales y del orden; carecer de ella es edificar sobre arena».

Por eso son tiempos difíciles estos, y por eso la sociedad se ve acometida como de fiebre. Hágase descansar el hogar sobre la base de la enseñanza del Divino Salvador y podrá mirarse entonces sin inquietud el presente y el porvenir!

Se explica, aunque por cierto no se justifica, que la miseria, puede engendrar el vicio, sobre todo cuando no hay fe en la conciencia. El obrero y su familia, en general, carece de casa comfortable, viven en conventillos populosos, malsanos; su mobiliario es tan escaso como malo; no tiene la seguridad del salario para el día siguiente; en semejante condición de vida procura aturdirse. Si a esto se agrega que en los lugares infectos de reunión, se les habla de la sensualidad grosera, del vicio y del juego, de la manera de conquistar bienes terrenos sin gran esfuerzo, ese hombre cae, se envilece en su desgracia y arrastra en pos de sí a su familia. ¿Nos asombrará entonces que la joven siga el envilecimiento cuando tan de cerca le toca?

La prensa impía lo invade todo; la hoja volante, como el aire que se infiltra por las grietas de los viejos edificios penetra en los rincones más apartados.

Ved por qué se impone la educación de nuestras obreras, en el sentido que reclaman las necesidades del día.

Hay abiertos establecimientos que ellas pueden aprovechar. La Escuela de Aplicación Práctica para la Mujer cumpliría en parte con este nobilísimo fin; pero ni todas nuestras obreras van

ni se puede extender a más que a adiestrar a nuestras jóvenes para que con la labor de sus manos atiendan a sus necesidades. Los reglamentos aprobados limitan el número de alumnas y las conveniencias sociales señalan el figurín de indumentaria acomodada a la clase media, a que no puede aspirar la gran masa de nuestras pobres.

Así vemos que mientras de las clases subvencionadas por el Gobierno salen numerosos grupos de niñas, sonrientes, alegres, comentando la lección o conocimientos adquiridos, vaguen por los barrios extremos de la ciudad, a la misma hora, niñas desaseadas, melancólicas, con esa tristeza que refleja desorden en el interior empobrecido de ideas y de sentimientos. Niñas de edad rayana en la adolescencia, que desconocen los preceptos más rudimentarios; que huyen del trabajo, dedicadas a la vagancia y en las que el vicio encontró alojamiento fijo y perdurable ¡Y pensar que esas almas fueron rescatadas con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo!

No hay que esperarlo todo de la instrucción cuando la familia está desorganizada; hay que acudir a buscar en el internado un asilo a las pobres víctimas. Para eso la caridad cristiana ha abierto establecimientos en que se eduquen y formen para el porvenir.

Creo que, sin menosprecio de nadie, se puede asegurar que llevan la ventaja en métodos y planes preservativos de tantos males como aquejan a nuestros pobres, las instituciones religiosas, que por voto y cumpliendo sus reglas, se dedican con toda abnegación a salvarlas.

Las Casas del Buen Pastor son verdaderos reductos de salvación para las que precisadas a luchar desde sus primeros años en la contienda de la vida, o caen víctima o sienten el desaliento propio del abandono.

No voy a hacer la apología de un instituto que, plantado y desarrollado en Europa, hace ya siglos extiende su benéfica influencia a nuestra República, en cuyas principales ciudades se levantan sus edificios, como atalayo de paz de rehabilitación para las caídas, de sostenimiento para las débiles, de santificación para las que limpias en el raudal de agua de la penitencia aspiran a mayor perfección.

A dos cosas atienden las venerables religiosas del Buen Pastor: al cuerpo y al alma.

Sabido es que sin un agradable bienestar del cuerpo, la virtud no se practica por el común de las gentes y el hastío surge donde reina la miseria. Una modesta pero frugal alimentación, higiene, limpieza, amplitud, ventilación aireada en las viviendas, todo eso encuentran las asiladas en el Buen Pastor.

Como la guarda del silencio es para la mayoría de la gente sumamente difícil, entretienen las jóvenes allí congregadas en cánticos religiosos, para evitar la monotonía que pudiese engen-

drar el aburrimiento y alternan multitud de canciones, todas ellas de una moralidad profunda. Sabido es que la música es un medio de ennoblecer el alma, elevando los sentimientos a la región más pura del arte. ¡Cómo encanta entrar a la sala-taller o de costura de las corregidas y oír aquel concierto de tantas voces!

Este silencio interrumpido por cánticos tiene otra ventaja. En las grandes reuniones, sobre todo de jóvenes todavía no purificadas, las confidencias, los secretos y amistades particulares traen la desmoralización y perturban la paz. Ya hemos visto cómo hollada la virtud, sin un esfuerzo que levante al caído, el naufragio es inminente.

Las obras del Buen Pastor se sirven del socorro del cuerpo como vínculo para atender al espíritu. Es un reglamento tan sabio el que regula la práctica de la virtud, que, sin sentir, se ve a la joven asilada pasar del vicio en que por desgracia se veía sumida, a la virtud pura, sólida, de bases amplias, que no será fácil en adelante destruir.

Junto con las prácticas religiosas que alternan con las labores y las artes, a que se pueden dedicar a la salida del establecimiento, les enseñan a librarse de los peligros con las virtudes cristianas que hicieron grande a nuestro pueblo.

Allí es donde vierten las religiosas, a la vez que la enseñanza de los deberes que tenemos todos para con Dios, los que tenemos para con sus representantes, los superiores, sean éstos de la jerarquía eclesiástica o de la civil, se las prepara para el futuro estado a que Dios las llevará; se les predica sumisión respetuosa al marido, educación cristiana a los hijos, la guarda de los mandamientos.

Sobre todo, saben inspirar un profundo amor a la laboriosidad, cegando la afición a la ociosidad que es ruina de tantos vicios y ruina de tantas almas.

La influencia de este plan curativo del espíritu es de tal intensidad, que muchas de ellas, abandonando la idea de volver al mundo, pasan al estado religioso bajo la forma de las llamadas *Magdalenas*, para las cuales la venerable Madre Pelletier ideó una congregación idéntica a la llamada de voto simple, en donde han sido muchísimas las que han muerto en olor de santidad.

Permitidme que concluya mi pequeño trabajo, haciendo un llamado a todas para que concurren generosas a mantener y hacer prosperar la obra del Buen Pastor. De nuestro Congreso femenino debe surgir la palabra de orden para preservar a la joven obrera. Pongámonos todas al trabajo con entusiasmo, enseñémosle a nuestras hijas que vale más la salvación de una sola alma y el esfuerzo caritativo, que la confección de un traje y la frivolidad. Desgraciadamente, a pesar de nuestra buena voluntad, nos falta la confianza, la energía, la generosidad de alma, que nos hace simpático tan rudos labores.

Existen algunas madres que no encuentran tiempo para la

educación moral de sus hijos, y se contentan con adiestrarles para la vida frívola, hasta el punto de ignorar que pueda existir un ser hambriento que muera de frío. La frivolidad engendra el lujo; los pasatiempos y fiestas ocupan toda nuestra vida; se pierde de vista que las riquezas como la autoridad es una función social. Lo supérfluo de las riquezas no nos pertenece, porque es el patrimonio del pobre. Una persona sin caridad es fuente sin agua, árbol sin fruto, fruto sin sabor y flor sin perfume.

Seamos generosos con la gran obra del Buen Pastor, démosle una protección intensa, amplia, material y moral, porque aunque al parecer se halla muy pujante, siente la depresión económica, y no puede recibir como quisiera a las que van a golpear a sus puertas en busca de refugio y salvación. La subvención del Gobierno es pequeña y apenas alcanza para las necesidades más urgentes.

El Patronato de la Infancia

M. C. Valdés de Marchant.

Todos sabemos que la ley evangélica se resume en la caridad. Qué de veces hemos oído citar en la cátedra sagrada estas palabras inspiradas e infalibles: «la plenitud de la ley es el amor, el que ama ha cumplido toda la ley».

Dulce y sublime doctrina! tan digna de Dios, tan conforme con las verdaderas necesidades del hombre, aunque implique para él tantas virtudes.

Ella nos enseña que debemos amar a todos los hombres, sin distinción de personas, de rango, ni de origen, apesar de todo lo que en ellos parece que debiera tener el amor o impedirle nacer. Ya sean indiferentes o enemigos, grandes o pequeños, ricos o pobres, buenos o malos, nunca mirar en ellos el caso humano, la forma terrestre y pasajera, sino la idea divina, la forma celestial y eterna.

Conforme a esta doctrina de caridad amplísima, se han organizado los nuevos servicios del Patronato de la Infancia; cuyo campo es inmenso, cuyo desarrollo sorprende a los que los visitan y que esperamos ha de continuar su labor fecunda para bien del país en general, de los favorecidos y de los que los sirven.

El cielo inspiró a un grupo de personas deseosas de remediar la desgraciada situación de los hijos del pueblo una forma de caridad que las circunstancias hacían necesaria y en el corto tiempo transcurrido entre el centenario de nuestra independencia y el que